

## El coloso del norte

### La revolución más allá del Bravo

La región fronteriza de Estados Unidos con México fue una fuente constante de preocupación y peligro para el Porfiriato, por las actividades sediciosas de los emigrados mexicanos desafectos a Díaz y más aún, cuando cundió la animadversión e infectó progresivamente a la población de origen mexicano, que tomó la causa de la Revolución como si México continuara siendo su país.<sup>1</sup>

A grandes rasgos se puede considerar que entre 1910 y 1911 los sediciosos tuvieron dos centros de operaciones en Estados Unidos, los floresmagonistas en California y los maderistas en Texas, y que una gran parte de la población de ambas márgenes de la línea divisoria simpatizaba con la Revolución de unos o de otros.

Los floresmagonistas fueron los primeros opositores a Porfirio Díaz y, como ya se dijo, su organización se remontó al año de 1901, formando la Confederación Liberal en San Luis Potosí. A partir de entonces el régimen porfirista los persiguió, encarceló, impidió la difusión de sus ideas y los ataques al Gobierno a través de sus órganos de prensa, entre ellos *Regeneración*. Para poder continuar sus labores opositoristas los liberales empezaron a emigrar a Estados Unidos a finales de 1903, primero a Texas –donde sufrieron una persecución similar por gestiones del Gobierno mexicano–, lo que no fue obstáculo para que volvieran a publicar *Regeneración* en octubre de 1904; luego se trasladaron a St. Louis Missouri, lugar en el que el 28 de septiembre de 1905 constituyeron la Junta Reorganizadora del Partido Liberal Mexicano (PLM), presidida por Ricardo Flores Magón, con Juan Sarabia de Vicepresidente, Antonio I. Villarreal de secretario,

<sup>1</sup> Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato, vida política exterior, segundo parte*. México, ed. Hermes, 1963, p. 321.

Enrique Flores Magón de tesorero, Librado Rivera, Manuel Sarabia y Rosalío Bustamante de vocales. Además la Junta lanzó un Manifiesto en el que de liberales se transformaban en una organización secreta para cambiar la estructura política y social de México. La transformación motivó que Camilo Arriaga y Francisco I. Madero retiraran el apoyo que hasta entonces les había estado dando a los floresmagonistas.

Las persecuciones a los floresmagonistas continuaron en St. Louis Missouri, de donde tuvieron que huir a Canadá en Julio de 1906. Sin embargo, regresaron a El Paso, Texas, a principios de septiembre del mismo año para preparar el movimiento armado en el norte de México y de hecho sus adeptos atacaron Jiménez, Coahuila, el 26 de septiembre. Pero de nuevo cayeron sobre ellos las autoridades de El Paso y aprehendieron a algunos; Ricardo Flores Magón, que logró escapar, estableció la Junta del PLM en Los Angeles, California, a mediados de 1906. Aprehensión que no pudo evitar un año después –el 23 de agosto de 1907–, ni tampoco Antonio I. Villarreal ni Librado Rivera. En El Paso, sí lograron evadir a las autoridades norteamericanas Enrique Flores Magón y Práxedes G. Guerrero el 24 de junio de 1908, y sus adeptos asaltaron Las Vacas, Coahuila, al día siguiente.

A partir de que Ricardo Flores Magón se estableció en Los Angeles –el 9 de agosto de 1910, después de purgar pena en Florence, Arizona–, la Junta de esa ciudad dirigió las actividades del PLM y en noviembre de 1910 comunicó a sus miembros que aprovecharan el movimiento armado maderista que se iniciaría el día 20, ya que el propio Madero, que se encontraba en Texas, desde el 8 de octubre, había fijado esa fecha.

En el estado de Chihuahua coincidieron fuerzas floresmagonistas y maderistas. Entre aquéllas, estaban Prisciliano G. Silva, Lázaro Alanís, y Práxedes G. Guerrero, pero la distancia política e ideológica que ya separaba a floresmagonistas o miembros del PLM con los maderistas, se ahondó en Chihuahua con motivo de la aprehensión de Silva por negarse a acatar la autoridad de Madero, y en febrero de 1911 Ricardo Flores Magón declaró que Madero era “traidor a la causa de la libertad en México”, y avisó que Villarreal y Gutiérrez de Lara ya no pertenecían al PLM.<sup>2</sup> En consecuencia los floresmagonistas combatirían sobre todo en Baja California los primeros meses de 1911.<sup>3</sup>

La ideología de los liberales exiliados se radicalizó en Estados Unidos al contacto con las organizaciones socialistas, anarquistas y sindicalistas –mal vistas en Estados Unidos–, las que a su vez hicieron suya la causa de los mexicanos, incorporándola a sus propios intereses. En el PLM predominaron al principio los

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 361.

<sup>3</sup> Otros grupos floresmagonistas hostilizaron al gobierno porfirista en Sonora, Veracruz y Tabasco.

socialistas, entre 1908 y 1910 los anarcosindicalistas, y para septiembre de 1911 estaban adoptando una posición anarcocomunista.<sup>4</sup>

Entre las organizaciones norteamericanas que más apoyaron al PLM estuvieron la Industrial Workers of the World (IWW) fundada en 1905 y sucesivamente fue de tendencias socialista y anarcosindicalista; la Western Federation of Miners (WFM) de tendencias socialista y sindicalista; la American Federation of Labor (AFL) del socialista Samuel Gompers, y el ala sindicalista del Partido Socialista que dirigía Eugene V. Debs.<sup>5</sup>

El PLM formuló en Los Angeles su primer plan militar en diciembre de 1910: *establecer plazas fuertes en el norte de México y después expandirse por todo México en una revolución social*. El anuncio de que la campaña militar se iniciaría en Baja California atrajo a una multitud de desadaptados extranjeros; miembros de la IWW, socialistas, anarquistas, desertores militares, soldados de fortuna, aventureros, alborotadores y desempleados.<sup>6</sup> La primera victoria militar la obtuvieron en Mexicali el 28 de enero de 1911 al mando de José María Leyva y Simon Berthold, John Bond y unos quince mexicanos. Una semana después, el canadiense Stanley Williams, con 30 hombres tomó Algodones. En marzo, Leyva expulsó de México a Williams, y Leyva, a su vez, fue destituido del mando por la Junta de Los Angeles, quedando en su lugar Francisco Vázquez Salinas. Leyva, con algunos hombres, se incorporó a los maderistas en Chihuahua. En marzo, también Luis Rodríguez, con un grupo de socialistas, tomó Tecate.

Los conflictos se siguieron agudizando en el mes de abril porque los no mexicanos del PLM eligieron como jefe de las fuerzas a Jack Mosby, desertor de la Marina de Estados Unidos y miembro de la IWW; después, el galés Rhys Pryce, desobedeciendo las órdenes de Ricardo Flores Magón, tomó Tijuana el 9 de mayo de 1911 con hombres procedentes de San Diego, California, y al mes siguiente dejó el mando a Mosby. Por último, el 22 de junio los federales –ahora del gobierno interino de Francisco León de la Barra–, acabaron expulsando a la gente de Mosby de Tijuana, y cuando Dick Ferris declaró la separación de Baja California de México, Ricardo Flores Magón perdió muchos apoyos.<sup>7</sup>

Al Gobierno de Estados Unidos le preocupaba sobremanera la protección de las obras hidráulicas que, por acuerdo con el Gobierno de Díaz, realizaba en territorio mexicano para proteger el Valle Imperial de las avenidas del río Colorado. En consecuencia, desde enero de 1911, en que los floresmagonistas empezaron a

<sup>4</sup> W. Dirk Raat, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en Estados Unidos, 1903-1923*, Trad. de Mari-luz Caso, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 48-58.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 61-62.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 62-63.

amagar el norte de Baja California, insistentemente Taft solicitó autorización para que tropas mexicanas cruzaran la frontera para protegerlas, cosa a la que Porfirio Díaz nunca accedió. Don Porfirio a su vez inútilmente gestionó que tropas mexicanas transitaran por territorio norteamericano de Yuma, Arizona, a San Diego, California. El asunto terminó sin que ninguno de los dos gobiernos accediera a la petición del otro, pero también sin que las obras del río Colorado sufrieran ningún daño.

Las actividades sediciosas de los emigrados políticos mexicanos, tanto floresmagonistas como maderistas y de sus simpatizantes en Estados Unidos, a grandes rasgos consistieron en organizar juntas para difundir sus ideas, hacerse de fondos para comprar armas, parque y provisiones, así como reclutar hombres y organizar partidas que pasaban a territorio mexicano por lugares desguarnecidos y en pequeños grupos, además de que para difundir sus ideas en contra del régimen porfirista proliferaron sus publicaciones en grado increíble, unas fueron periódicas como *Regeneración* y *El Monitor Democrático*, éste del maderista Paulino Martínez; otras aparecieron y desaparecieron como *Renacimiento*, *El Bien Social*, *Los Bribones*. La mayor parte de las veces los sediciosos mexicanos o de ascendencia mexicana contaron con el apoyo de la población norteamericana y de algunas de sus autoridades menores, y hasta con el de algunos empleados de los consulados porfiristas en la frontera.<sup>8</sup>

El Gobierno de Porfirio Díaz trató de impedir las actividades subversivas de diversos modos. Enrique C. Creel, como embajador en Washington, gobernador de Chihuahua y Secretario de Relaciones Exteriores, entre 1906 y el 23 de marzo de 1911 –en que fue sustituido en la Secretaría de Relaciones por Francisco León de la Barra–, tuvo una importancia singular en lo tocante a hostilizar, perseguir, lograr arrestos y encarcelamientos de floresmagonistas y maderistas, ya que extraoficialmente dirigió el servicio de espionaje de México en Estados Unidos. Además de que subvencionó periódicos, se valió de los 31 cónsules mexicanos que había en Estados Unidos entre 1910 y 1911 para hacer declaraciones a la prensa o los utilizó en actividades ajenas a su cargo. De 1906 a 1911 contrató detectives privados y agencias secretas, entre éstas estuvieron la Pacific Cooperative de Los Angeles, la Burns and Sheridan que operó en Nueva York y Chicago, la Thavonath Company de San Francisco que colaboró con varios cónsules, y la más importante de todas Furlong Secret Service que prestó sus servicios desde 1906 hasta 1911 en Estados Unidos, Canadá y México.

La Furlong no solamente informaba a Creel, también daba cuenta a personas que se consideraban clave para el acoso de los sediciosos, como el juez J. G. Griner de Del Río, el ex ministro de Estados Unidos en México, John W. Foster, la

<sup>8</sup> Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 361.



Enrique C. Creel dirigió el servicio de espionaje de México en Estados Unidos. Persiguió a floresmagonistas y maderistas.

firma legal Greager and Hudson de Brownsville y a Norton Chase, abogado de William Greene. En 1908 los agentes de la Furlong vigilaron a los floresmagonistas en Texas y Oklahoma y al año siguiente lograron el arresto de Antonio de P. Araujo en Wako, Texas, por violación a las leyes de neutralidad, y atestiguaron contra Ricardo Flores Magón en Tomstone, Arizona. Por último, desde octubre de 1910 siguieron todos los pasos de Francisco I. Madero y sus adeptos en aquel país, y durante su contratación lograron el arresto de 180 sediciosos, entre ellos los de Ricardo Flores Magón y Antonio I. Villarreal.<sup>9</sup> Por otra parte, la Secretaría de Relaciones Exteriores se dirigió continua e insistentemente al Departamento de Estado para presentar quejas y gestionar aprehensiones y castigos para los culpables de atentar contra el Gobierno de Porfirio Díaz.

El Gobierno de Estados Unidos estaba deseoso e interesado en que Porfirio Díaz se mantuviera en el poder, y en consecuencia dispuesto a perseguir e inclusive a destruir a los sediciosos floresmagonistas y maderistas. A pesar de su disposición favorable, el Gobierno de Díaz fracasó en conseguir el apoyo norteamericano que tanto buscó y tanto necesitaba, porque no entendió jamás que el de Estados Unidos no era un Gobierno despótico. Muchas de las fricciones y malos

<sup>9</sup> Raat, *op. cit.*, p. 60.

entendimientos entre ambos gobiernos, tuvieron “como motivo la queja de México de que no se perseguía ni castigaba a sus muchos enemigos que desde territorio norteamericano conspiraban y organizaban movimientos armados contra él. Y aunque el Gobierno norteamericano estaba más que dispuesto a satisfacer esos requerimientos repetidos, angustiosos o indignados (no lo estuvo), hasta el extremo de pasar sobre las leyes locales o nacionales, la principal de las cuales era la famosa ley de neutralidad”.<sup>10</sup>

Aunque el Departamento de Estado recibió cada vez con mayor enfado las quejas reiteradas, imprecisas e improcedentes que le presentaba la Secretaría de Relaciones, siempre las atendió y trasladó a las autoridades competentes de los departamentos de Justicia, Guerra, Marina, del Trabajo, del Tesoro y de la Dirección de Correos, o bien a las autoridades de las poblaciones fronterizas o los gobiernos de los estados. A pesar de todo en la mayoría de las ocasiones no pudieron proceder legalmente contra los acusados, porque muchas de las actividades de los emigrados no se oponían a la Constitución de Estados Unidos, que concedía el derecho de libre expresión, o porque el comercio de armas y la propaganda política no caía dentro de las violaciones de las leyes de neutralidad, o porque tampoco violaban el Tratado de Extradición celebrado entre México y Estados Unidos, o porque las pruebas que presentaba la Secretaría de Relaciones no eran suficientes para perseguir, aprehender y enjuiciar a los acusados. Además de que en realidad resultaba muy difícil vigilar una línea divisoria tan extensa.

El régimen porfirista se desesperó ante tantos obstáculos, y a finales de enero de 1911 envió a Joaquín Casasús a Washington con la misión aparente de agradecer la participación de Estados Unidos en la celebración del Centenario de la Independencia y la verdaderamente real de poner punto final a las actividades subversivas en Estados Unidos. Casasús logró que Taft le ofreciera ayuda y apoyo y le pidió que fuera a Texas para que personalmente observara la situación y para que hablara con el gobernador Oscar B. Colquitt. Este lanzó una proclama para invitar a las autoridades y a los habitantes de Texas para cumplir estrictamente con las leyes de neutralidad.

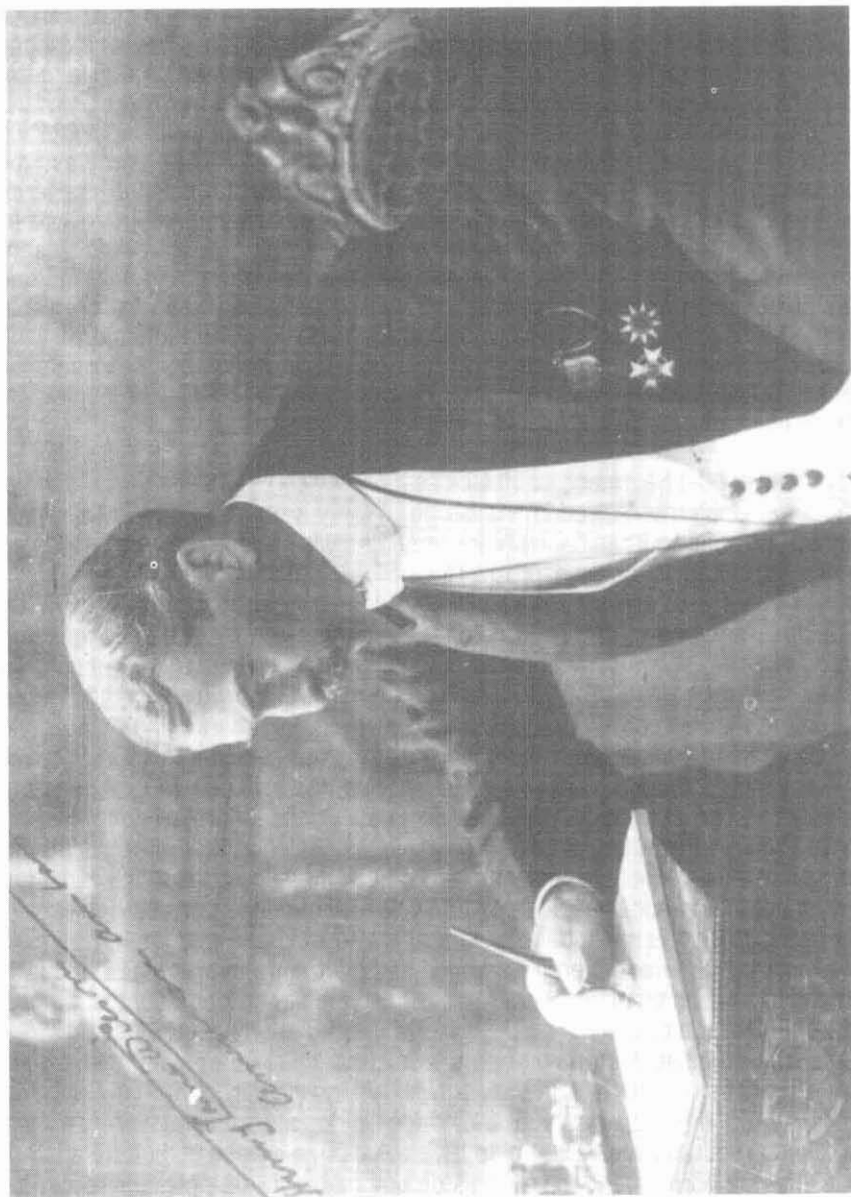
Una serie de fricciones entre autoridades menores mexicanas y norteamericanas en la línea divisoria, hizo más ásperas las relaciones entre los dos gobiernos, ya fuera por disparos de un lado o de otro de la frontera, o por aprehensiones en el territorio de El Chamizal, cuya nacionalidad aún le disputaba Estados Unidos a México. Las reclamaciones siempre ocasionaron celosas averiguaciones, pero de sus resultados invariablemente quedaba complacido el Gobierno que las ordenaba, nunca el quejoso. El incidente más grave se presentó el 16 de abril de 1911 en Agua Prieta, Sonora, tanto por los combates librados entre mexica-

<sup>10</sup> Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 450.

nos en la población fronteriza a Douglas, Arizona, como por la participación que los norteamericanos tomaron en dichos combates. Según los informes el Departamento de Guerra de Estados Unidos, después de una escaramuza entre maderistas y federales, éstos capturaron y fusilaron sin juicio previo a 20 mexicanos desarmados ante la vista de varios norteamericanos de la vecina población de Douglas, Arizona, a quienes los federales tirotearon porque eran testigos indeseables. El Departamento de Estado reclamó violentamente al Gobierno mexicano y éste ordenó una investigación. Apenas iniciada ésta, los revolucionarios atacaron y se posesionaron de Agua Prieta. La fase final del combate se libró a 3 metros de Douglas causando dos muertos y once heridos, además de que “miles de balas pegaron en las casas, poniendo en peligro la vida y las propiedades de gente pacífica”. El Secretario de Estado reclamó duramente al Gobierno mexicano a través de su embajador Henry Lane Wilson y amenazó con que si se repetían, Taft se vería obligado a “tomar medidas que desearía evitar” en defensa de sus ciudadanos y en su país.

La respuesta del Secretario de Relaciones, Francisco León de la Barra fue muy enérgica: el Gobierno mexicano “ha hecho, hace y seguirá haciendo todos los esfuerzos posibles e imaginables para impedir tales incidentes; pero éstos no siempre son evitables, como el propio Gobierno de Estados Unidos lo ha reconocido..., por ejemplo, que los rebeldes traten de provocar un conflicto con Estados Unidos; tampoco, que la mayoría de los asaltantes... hayan sido ciudadanos norteamericanos, según se desprende de un informe oficial del Departamento de Guerra de Estados Unidos (ni que) un grupo de militares norteamericanos... cruzó la línea divisoria... para persuadir a los soldados federales de que se rindieran, y como no lo consiguieron, les quitaron sus armas para dárselas a los rebeldes. A la vista de todos un rebelde cruzó la línea divisoria con su fusil descompuerto, y regresó al combate después de que un policía norteamericano se lo arregló. El alcance de Douglas se opuso a que los soldados federales levantaran en Agua Prieta una trinchera, pero no hizo objeción alguna cuando los rebeldes creyeron necesario construirla. De la Barra señala que los informes del Gobierno de Estados Unidos no aluden siquiera al hecho obvio de que los norteamericanos muertos y heridos fueron personas singularmente imprudentes, y callan sobre todo... que un teniente... federal mexicano fue herido por disparos hechos desde Douglas”. La respuesta de De la Barra indignó al embajador Wilson y tras de calificarla de insatisfactoria y poco diplomática, dijo que ponía en tela de juicio las relaciones amistosas entre los dos países, que le parecía que el Gobierno de Porfirio Díaz, o trataba de forzar a Estados Unidos a una intervención armada como último recurso para salvarse de la Revolución, o estaba dispuesto a sacrificar la amistad norteamericana en aras de una maniobra de política interna.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 435-436.



El embajador Henry Lane Wilson participó en los conflictos internos de México.



## Los yanquis en México

El primer informe político del embajador de Estados Unidos en México, Henry Lane Wilson, desde su llegada a nuestro país en enero de 1910, fue sobre el arresto de Madero en junio del mismo año en la ciudad de Monterrey, y en el mes de octubre sentenció "nos estamos acercando a una crisis rápidamente". A partir de entonces no cesó de manifestar una situación catastrófica en el país que culminó con sugerirle al Presidente Taft que ordenara la movilización de tropas a la frontera y de barcos de guerra a puertos mexicanos del Pacífico y del Golfo de México.

A lo largo de los seis meses que duró la lucha armada de los maderistas, no se afectó más allá de lo normal en una guerra civil a los norteamericanos y sus propiedades. Sin embargo el 5 de noviembre de 1910, el linchamiento del mexicano Antonio Rodríguez en Rock Springs, Texas, acusado de haber matado a una mujer blanca, provocó manifestaciones antiyanquis en la ciudad de México. A raíz del suceso la noticia fue publicada en los diarios de oposición *El País*, *El Debate* y *El Diario del Hogar*, mientras que el Gobierno no decía esta boca es mía. De manera que el día 9 un grupo numeroso de estudiantes, obreros, mujeres y niños se reunió en las calles para protestar. A su paso se apoderaron de una bandera de Estados Unidos que desgarraron y pisotearon, rompieron vidrios de casas comerciales norteamericanas o con leyendas en inglés. Dos de sus principales objetivos fueron *The Mexican Herald* y el diario gobiernista *El Imparcial*. En cambio levantaron en hombros a un negro que encontraron a su paso, porque hasta entonces era la única raza a la que Estados Unidos aplicaban la ley Lynch, y lanzaron vitores a los diarios de oposición. La policía hizo algunos arrestos y como los manifestantes no lograron la libertad inmediata de los detenidos arrasaron las oficinas de *El Imparcial*. Ante esos sucesos el Gobierno reaccionó prohibiendo las reuniones de más de cuatro personas y las corridas de toros, además de cerrar las escuelas. El embajador Wilson por su parte, durante los incidentes no dejó de ir de un lado a otro para comprobar daños y presentar reclamaciones, además de pedir y obtener la suspensión de *El País*.

Las manifestaciones antiyanquis no fueron exclusivas de la ciudad de México, sino que también se presentaron durante tres días en Guadalajara con destrozos de comercio y de casas de norteamericanos, y el vicecónsul de Estados Unidos mató a un joven de 14 años. Las protestas también se hicieron generales en las ciudades de San Luis Potosí, Morelia, Oaxaca, Ciudad Porfirio Díaz, Puebla, Pachuca, Aguascalientes, Toluca, Irapuato y Chihuahua. Los gobiernos de ambos países tuvieron finalmente un intercambio de notas, pidiendo y prometiendo castigos a los culpables, a la vez aprovecharon la ocasión para insistir en sus respectivas gestiones para impedir actividades sediciosas en Estados Unidos y protección adecuada a vidas e intereses norteamericanos en México.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 358, 415-426.

Hasta mediados de diciembre de 1910 el Departamento de Estado ordenó al embajador y a sus cónsules que antes del 10 de enero de 1911 rindieran un informe pormenorizado, sobre la situación económica y política en sus respectivas jurisdicciones, el grado de seguridad de los norteamericanos residentes en ellas y el de sus propiedades, el número de tropas federales y regulares que podían protegerlos, las condiciones de trabajo, huelgas, etc. Aunque los informes que rindieron los cónsules, en opinión del Subsecretario de Estado, Huntington Wilson, era una serie de explosiones anárquicas contra Porfirio Díaz y no contra los norteamericanos, el embajador Wilson "cayó en un pesimismo destemplado" desde el 7 de febrero y consideró que la seguridad de los norteamericanos era muy relativa. Al día siguiente añadió que habían brotado nuevos focos rebeldes en Zacatecas, Veracruz, Chiapas, Oaxaca y Sonora; que el ejército federal era ineficaz, la tropa carecía de disciplina, valor y entusiasmo, y que el Secretario de Relaciones Exteriores, Enrique C. Creel, había decepcionado a los norteamericanos porque se había contagiado de un nacionalismo muy agudo. A mediados del mes de febrero enfatizó que la situación empeoraba porque los rebeldes dominaban ya el 50% del país, el gobernador de Jalisco atizaba los sentimientos antianquis, había intranquilidad en Guanajuato, los rebeldes habían asaltado en dos ocasiones Velardeña, Durango, las propiedades de la American Smelting and Refining Company (AMSARCO), llevándose caballos, armas y dinero, sin que las tropas federales acudieran oportunamente ni pudieran darles alcance a los asaltantes.

Taft se alarmó por las confiscaciones a la AMSARCO y por que además el Secretario de Guerra, Jacob M. Dickinson, le informó que los norteamericanos estaban cerrando sus negociaciones e industrias, y Taft ordenó al Departamento de Estado que lo mantuvieran bien informado. El Subsecretario Wilson se hizo cargo de la situación, porque Knox estaba de vacaciones en Florida y hasta allá le comunicó que los informes pesimistas del embajador en México eran fundados, y que podría considerarse como inevitable la intervención armada en México, porque las minas y las fundiciones eran blanco predilecto de los asaltos rebeldes y ponían en peligro las vidas de los que las manejaban, ya que como de costumbre el Gobierno mexicano se negaba a proteger las propiedades extranjeras.

Antes de que Knox partiera a Florida, había recomendado mucha prudencia en el manejo de los problemas con México, y con enfado le contestó a Huntington Wilson, que Estados Unidos no podía dar protección policial a sus ciudadanos en el extranjero, los que por otra parte estaban dispersos en el país y que su obligación era insistir ante el Gobierno mexicano para que les diera protección. Si éste se las negaba, podía ser causa de guerra, pero esa medida le correspondía tomarla al Congreso de Estados Unidos. El Subsecretario Wilson insistió en sus temores, y Knox reiteró que él no tomaría ninguna medida radical.

## ¡Alarma!

Henry Lane Wilson consideró necesario trasladarse a Washington para informar directa y personalmente al Presidente Taft, y para sugerirle algunas medidas. Después de escucharlo el Presidente se reunió la noche del 7 de marzo de 1911 con los Secretarios de Guerra y de Marina, Jacob M. Dickinson y George von L. Meyer, así como con el general Leonard Wood y el contralmirante Richard Wainwright. Terminada la reunión, Taft ordenó que al día siguiente se movilizaran 20,000 soldados del ejército federal de Estados Unidos al norte de la frontera mexicana y se enviaran barcos de guerra a aguas del Golfo de México y del Océano Pacífico. El mismo día de la movilización, 8 de marzo, Taft partió a Georgia y el Secretario de Marina comunicó al Departamento de Estado "como cosa puramente rutinaria" que el crucero "Princeton" saldría de Panamá para ir a San Diego, y que en su camino tocaría Salina Cruz, Acapulco y Manzanillo; y que muy probablemente se mandaría al "Yorktown" a visitar algunos puertos mexicanos, también en el Pacífico.<sup>13</sup>

Las versiones confidenciales que dio Taft para ordenar la movilización se encuentran en la correspondencia que tuvo con Knox el 11 de marzo, con el general Wood al día siguiente, y con el ex presidente Teodoro Roosevelt el día 22 del mismo mes. Al primero le dijo que en cuanto había partido para Florida se presentó Henry Lane Wilson con "sus temores angustiados y sus opiniones exaltadas", las que fueron reforzadas por "dos o tres cartas" de norteamericanos radicados en México, y que él -Taft-, había tenido además entrevistas que confirmaban los temores del embajador. En consecuencia, tomó la resolución de movilizar fuerzas terrestres y barcos de guerra, con tres objetivos: advertir a los bandos contendientes mexicanos que el Gobierno de Estados Unidos estaba dispuesto a defender sus intereses en caso necesario, que los mexicanos fueran precavidos y para producir un efecto saludable en la frontera, acabando con expediciones filibusteras y aprovisionamiento de armas y provisiones para los revolucionarios. Al general Wood, jefe superior de las "maniobras" terrestres, le dijo que había considerado su deber colocar tropas suficientes cerca de la frontera por si el Congreso decidía que entraran a México para proteger vidas e intereses norteamericanos, pudieran hacerlo con rapidez. Que las "maniobras" sólo durarían tres meses, para ver si los temores del embajador Wilson se cumplían y México caía en el caos; entretanto le recomendó que evitara fricciones entre los 20,000 hombres del ejército federal de Estados Unidos y la población fronteriza de ascendencia mexicana. Finalmente, a Roosevelt le comunicó que el origen de la movilización habían sido los informes pesimistas de Henry Lane Wilson: el ejército mexicano sólo contaba en realidad con 14,000 hombres, el 90% de la po-

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 446.



# EL IMPARCIAL

DIARIO DE LA MANANA

Publicado los días 1, 3, 5 y 7 de cada mes. Precio de venta: 10 centavos. Suscripción: 3 pesos al mes, 10 pesos al trimestre, 30 pesos al semestre, 100 pesos al año. Se vende en todas las librerías y papelerías de la ciudad y en los puntos de venta establecidos en los departamentos y provincias.

## 20,000 SOLDADOS AMERICANOS SE RECONCENTRAN SOBRE LA FRONTERA MEXICANA

**L BAUTIZO DE SANGRE DEL CARRO BLINDADO**

**SUS TRONERAS VOMITARON LA MUERTE SUS ANEJILLADORAS**

**HERIDOS DEJABAN EN EL CAMPO LOS REBELDES QUE SE RETIRABAN DEBROTADOS**

**REVOLUTOSOS EN YUCATAN**

**EL MAYOR GENERAL CARTER TENDRA EL MANDO DE LAS TROPAS QUE FIJARAN SU CUARTEL GRAL. EN S. ANTONIO, TEX.**

**NO DEBEMOS VER EN TODO ESTO MAS QUE UN VASTO PLAN DE MANIOBRAS QUE SE VENIA MEDITANDO HACIA ALGUNOS DIAS POR EL DPTO. DE GUERRA AMERICANO**

**LAS ORDENES SE TIENAN SECRETAS HASTA EL MOMENTO DE HACERLAS CUMPLIR PARA COMPROBAR CON UNA RAPIDA MOVILIZACION LA MAGNIFICA ORGANIZACION NAVAL Y MILITAR DE LOS EE. UU.**

**LLEGO A NEW YORK EL SR. MITRO, DE HACIENDA**

**IMPORTANTES DECLARACIONES DEL NOTABLE HOMBRE DE ESTADO EN MEXICO NO EXISTE UN ESTADO DE GUERRA Y ES RESILIBLE CREER LO CONTRARIO**

**NO EXISTE UN ESTADO DE GUERRA**

Respuesta del Presidente Taft a las alarmantes noticias del embajador en México.

blación simpatizaba con los revolucionarios, la situación era volcánica y al estallar barrería con vidas e intereses norteamericanos, por lo tanto Estados Unidos tenía que estar preparado para cualquier emergencia. Por desgracia, concluyó Taft, no podía hacer públicos los motivos de su decisión porque Wilson no podría continuar de embajador y la situación con el Gobierno mexicano sería muy embarazosa.<sup>14</sup>

La misma noche del 7 de marzo, por orden de Taft, el Subsecretario Wilson envió un telegrama al secretario de la embajada de Estados Unidos en México, Fred M. Dearing –en ausencia de Henry Lane Wilson–, para que a través de la Secretaría de Relaciones le expresara al presidente Díaz “la esperanza de Taft” de que las noticias infundadas y sensacionalistas (que pudieran aparecer) en los diarios no crearan aprensiones acerca de las maniobras militares que tendrían lugar en Texas ‘y en alguna otra parte’; en consecuencia, la embajada debía asegurarle al Presidente que esas maniobras carecían de un fin ulterior que pudiera preocupar a un amigo”. Según Dearing, la reacción del Secretario Creel fue muy satisfactoria, además de que por conducto del embajador en Washington, De la Barra, agradeció la explicación de Taft. A pesar de las declaraciones diplomáticas, en todo México había la creencia de que nuestro país era la meta perseguida.<sup>15</sup>

Taft sintió su posición debilitada el 8 de marzo camino a Georgia y personalmente dio a la prensa una declaración de compromiso sobre las maniobras terrestres, en la que por primera vez admitió que se debía a la situación en México. Además, la noticia acerca de que los mexicanos estaban alarmados por la movilización de los barcos, a él mismo lo había sorprendido, porque significaba que sus órdenes sobre una concentración naval en aguas de Estados Unidos, se habían excedido. Taft le comunicó confidencialmente a Roosevelt: “la marina, además de haber movilizado fuerzas a Galveston y San Diego, también ordenó que algunos barcos pequeños salieran de Panamá y de América Central hacia el norte con la mira de patrullar las costas mexicanas. Esto llamó la atención del Gobierno mexicano y me reclamó. Yo inmediatamente revocé la orden dada a esos barcos. La marina está ansiosa de un encuentro, y hay que frenarla”.<sup>16</sup>

Efectivamente el Gobierno mexicano protestó rápida y enérgicamente al saber que sin previo aviso ni explicación salían barcos de guerra hacia sus costas. El embajador De la Barra supo la noticia en Nueva York y le ordenó al secretario de la embajada Carlos Pereyra que inmediatamente se presentara ante la más alta autoridad del Departamento de Estado, el domingo 12 de marzo, que en esos

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 448-452.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 446; Peter Calvert, *The Mexican revolution, 1910-1914. The diplomacy of Anglo-American conflict*, London, Cambridge University Press, 1968 (Cambridge Latin American Studies), p. 52.

<sup>16</sup> Calvert, *op. cit.*, p. 52; Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 446.

momentos era el segundo subsecretario Alvey A. Adee,<sup>17</sup> para exigir una explicación oficial sobre la "visita" de dichos barcos a puertos mexicanos del Golfo de México y del Océano Pacífico, porque herían el sentimiento público y producían gran alarma. Además exigió que se hiciera público el motivo de dichas "visitas", las que por otra parte parecían independientes de las maniobras terrestres.<sup>18</sup> Taft, desde Georgia, ordenó que los barcos sólo permanecieran en puertos mexicanos el tiempo necesario para cargar carbón.<sup>19</sup> Poco después el Departamento de Estado le comunicó a Henry Lane Wilson –que había regresado a México el 17 de marzo–, los próximos movimientos de sus barcos en el Golfo de México, el "Tacoma" haría escala en Puerto México y el "Chester" en Tampico y Tuxpan; en el Pacífico, el "Yorktown" haría escala en San Blas y el "Princeton" en Salina Cruz.<sup>20</sup>

Además de la protesta del Gobierno de México, la opinión pública norteamericana y la mundial desaprobaron las movilizaciones de tropas y de barcos, y Knox se molestó de que no se hubiera tomado en cuenta su consejo: "Nos aguada una zacapela en el Congreso... Con De la Barra aullando por una estricta aplicación de las leyes de neutralidad y una desaprobación inequívoca a la ayuda norteamericana a los insurrectos; con los arrebatos del (embajador) Wilson, acerca de la inminencia de que Díaz salga disparado; con las exigencias de los norteamericanos que tienen intereses en México para que se les proteja de peligros reales o imaginarios, y de los norteamericanos que... tienen... intereses en los grandes periódicos de aquí, de modo que siempre quieren que ocurra lo peor; con la doctrina de Monroe, que pide una cierta vigilancia benévola para que los países latinoamericanos cumplan sus obligaciones lógicas; con la delicada atención hacia los latinoamericanos, antes alimentada y sostenida en gran medida con champaña y otros preservativos alcohólicos. Con todos estos y otros muchos factores, las audiencias en torno a la situación girarán sobre quién es el responsable de ella, pero no sobre nuestro deber, tal y como lo vemos según los hechos que otros nos han presentado".<sup>21</sup>

Como la movilización de tropas y barcos hacia la frontera y puertos mexicanos, fue rechazada mundialmente, Taft dispuso el envío de una circular a sus misiones diplomáticas en América Latina, pues suponía que los gobiernos ante los cuales estaban acreditados usaban las informaciones sensacionalistas de la prensa norteamericana para provocar el temor "al peligro yanqui", por lo que los diplomáticos norteamericanos debían decirles, en primer término, que México había

<sup>17</sup> Taft y Knox seguían ausentes de Washington y Huntington Wilson estaba enfermo.

<sup>18</sup> Cosío Villegas, *op. cit.*, pp. 446-447; Calvert, *op. cit.*, p. 52.

<sup>19</sup> Cosío Villegas, *op. cit.*, pp. 446-447; Calvert, *op. cit.*, pp. 52-53.

<sup>20</sup> Cosío Villegas, *op. cit.*, pp. 447-448; Calvert, *op. cit.*, pp. 54-55.

<sup>21</sup> Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 412, no. 2.



El Secretario de Estado Norteamericano Philander C. Knox desaprobó la movilización de barcos de guerra a las costas mexicanas.

pedido reiteradamente que se desplazaran fuerzas militares a lo largo de la frontera para evitar que se violaran las leyes de neutralidad; en segundo, que unos 70,000 norteamericanos vivían en México y sus inversiones ascendían a unos 2,000 millones de dólares, y que habían contribuido a la prosperidad de México; en consecuencia, era natural tener disponibles tropas norteamericanas cerca de la frontera para el caso remoto de desórdenes incontrolables que amenazaran vidas e intereses norteamericanos.

De la Barra, primero como embajador, y luego como Secretario de Relaciones Exteriores, objetó la circular, porque "exageraría" la solemnidad de la situación" y porque "la presencia de un gran número de tropas norteamericanas tan cerca de la frontera de México podía dar lugar a un inesperado conflicto".<sup>22</sup> La circular y el rechazo de De la Barra fueron publicados en *La Prensa* de Buenos Aires, y por única vez, Henry Lane Wilson se mostró diplomático al tratar el asunto personalmente con De la Barra.<sup>23</sup>

Por el rechazo general a la movilización el Departamento de Estado le pidió al embajador Wilson una relación de los hechos concretos que le hicieron pedirla.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 454-457.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 457.

Wilson contestó que eran los mismos que había estado informado, sumados a la suspensión de garantías que ordenó el Gobierno mexicano, sin contar con que éste veía la movilización como "el cumplimiento de un compromiso internacional y una aportación a la paz y el orden". Por último aseguró Wilson que la idea de la intervención acabaría imponiéndose en México, Estados Unidos y Europa, cosa que no sucedía con el cuerpo diplomático acreditado en México, que se inclinaba a creer que las maniobras eran una lección objetiva para Japón, y además recalcó que el envío de barcos de guerra no era atribuible a él, porque sólo le había recomendado a Taft que se mandaran dos de ellos, cerca de Veracruz, para un caso de emergencia. Henry Lane Wilson regresó a México el 17 de marzo de 1911, y desde entonces estuvo enviando informes diarios y a veces también telegramas al Departamento de Estado para insistir en que la situación empeoraba día a día y que "las medidas adoptadas por Taft", o sea la movilización de tropas y barcos, habían tenido efectos benéficos.<sup>24</sup>

A medida que avanzaba la Revolución, Henry Lane Wilson reclamaba, protestaba y exigía más. Entre sus últimos informes durante el Porfiriato, cabe destacar los referentes a los peligros que corrían los norteamericanos en Parral, donde reinaba la anarquía, a que hubo muertos extranjeros en un descarrilamiento en el ferrocarril de México a Cuernavaca, al temor de los residentes en Acapulco ante el inminente ataque de los revolucionarios, por lo que el 12 de mayo de 1911 concluyó que el "Departamento de Estado debía considerar la conveniencia de mandar cruceros a Acapulco, Mazatlán, Veracruz y Manzanillo". Pero, por una parte el ex embajador, Thompson, desde Acapulco, le escribió a Knox para desmentir a Wilson, ya que él nunca le había pedido ayuda porque le parecía absurdo que un extranjero radicado en otro país, con fines de lucro y en tiempos normales recibía protección, implorara en un ahora de crisis la protección de su país de origen. Además Thompson se trasladó a la ciudad de México y convocó a una junta de la colonia norteamericana para ratificar su opinión de que el extranjero no debía acudir al Gobierno de su país en demanda de protección especial, cosa que fue aprobada por unanimidad y le enviaron a Taft una copia certificada del acta de la junta.<sup>25</sup> Por otra parte, durante el mes de mayo de 1911 la protección a los extranjeros se orientaba cada vez más a que ellos mismos se la dieran, y en general las colonias extranjeras se armaron y adiestraron a discreción con el conocimiento tolerante de las autoridades mexicanas.<sup>26</sup>

El único acontecimiento grave, respecto a daños a extranjeros, tuvo lugar la madrugada del 15 de mayo en Torreón, en la que el populacho se lanzó contra los chinos y dio muerte a 206 de ellos, además de que al tomar la plaza, los

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 411-414.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 443-445.

<sup>26</sup> *Loc. cit.*



revolucionarios saquearon sólo sus comercios y respetaron los de los demás extranjeros. Los jefes revolucionarios lograron restablecer el orden durante la tarde. La legación china reclamó de inmediato medio millón de dólares, a través de Wu Lang Poo. Pero al mes siguiente la suma fue de seis millones de pesos, satisfacciones a su bandera y se hablaba del envío de un barco de guerra para apoderarse de las aduanas de Manzanillo, Acapulco, Mazatlán y Salina Cruz.<sup>27</sup>

La reclamación china fue presentada con conocimiento del Gobierno de Estados Unidos y el Departamento de Estado dispuso que sus cónsules dieran protección a los chinos, y además autorizó al juez Lebbeus R. Wilfley para que asesorara la reclamación china, por la cual finalmente obtuvieron el compromiso del Gobierno mexicano de pagar seis millones de pesos antes de julio de 1912.<sup>28</sup>

Por su parte el Gobierno interino de México, a través de Emilio Madero, exhortó a los habitantes de Torreón para que respetaran a todos los extranjeros y el 30 de junio de 1911 organizó una manifestación en honor y desagravio a los chinos.<sup>29</sup>

## La reacción internacional

Los informes que los cónsules norteamericanos en México rindieron a su Gobierno, sobre la reacción que tuvo la movilización en sus jurisdicciones, fueron desalentadoras para Estados Unidos. En Nogales se había iniciado una hostilidad declarada hacia los norteamericanos; Salina Cruz, Durango, Chihuahua, Aguascalientes, San Luis Potosí, Veracruz, Guadalajara, Saltillo, Matamoros, Ciudad Porfirio Díaz, Ciudad Juárez, Guaymas, Empalme, Manzanillo, Torreón, Monterrey y Tampico eran antiyanquis, y en menor escala Nogales y Ensenada.<sup>30</sup>

Entre las fuentes privadas estuvo la opinión del ex ministro norteamericano en México, John W. Foster, que declaró al *Washington Post* que no bastaría 100,000 hombres permanentemente en México para proteger los intereses norteamericanos, que los inversionistas extranjeros conocían perfectamente la situación y por lo tanto no se podían llamar a engaño; que la Doctrina de Monroe no significaba que Estados Unidos reglamentara los asuntos internos de México y que si

<sup>27</sup> *The Arizona Gazette*, 9 de junio de 1911, *El Mundo* (La Habana), 9-10 de junio de 1911.

<sup>28</sup> National Archives, Washington, Record Group 59.812/2654: L.B. Lebbeus a Taft, 24 de diciembre de 1911.

<sup>29</sup> Berta Ulloa, *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, 1910-1914*, México, El Colegio de México, 1976, 2a. ed. (Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 12), p. 40.

<sup>30</sup> Cosío Villegas, *op. cit.*, pp. 461-464.

los norteamericanos se apoderaban del estado de Chihuahua –como pretendía un senador norteamericano–, tendrían que ocupar todo el país. Foster concluyó “no vayamos a repetir el crimen de 1846. La ocupación de México... expondría (a los norteamericanos) a la hostilidad y probablemente a la destrucción. Nos acarrearía la enemistad de todas las naciones latinoamericanas”. El senador por California, John D. Weeks advirtió a Taft que los norteamericanos temían que “sin esperar la aprobación del Congreso, se decida a declarar la guerra a México”.

Ante la avalancha de protestas y con la esperanza de dominar a la opinión pública, Taft y Knox, desde abril de 1911, repitieron sin cesar “no se ha pensado en la intervención, pero la situación que reina en México parece indicar que es muy posible que las autoridades locales no puedan prestar en todo momento la protección necesaria”.

La prensa norteamericana creyó que la movilización tenía como meta la intervención de México y la aprobó porque según el *Philadelphia Bulletin* en razón de la Doctrina de Monroe, Estados Unidos tenía que proteger a los intereses de los extranjeros en México. *The New Orleans Picayune* agregó “ha sido necesario... que se haya llamado a nuestro Gobierno al cumplimiento de su deber hacia Europa para que se resolviera hacer algo”, pues “otro diario” dijo que las potencias europeas habían acarreado la movilización, porque Estados Unidos no quería que ellas intervinieran para proteger sus intereses, y “con el conocimiento y la sanción de ellas vamos a México”.<sup>31</sup>

La prensa mexicana, entre otras opiniones, sentenció: todos (los mexicanos) tenemos un bien común, un tesoro común que a toda costa debemos salvar: la Patria”.<sup>32</sup>

Ramón Corral declaró a la prensa española “sus finalidades son la intervención y la conquista... (pero) si hubiera intervención, los revolucionarios se pondrían del lado del gobierno... (y) México contaría probablemente con el apoyo de una gran potencia”. El Ministro de México en España le dijo al de Estados Unidos que la presencia de tantas tropas de Estados Unidos en la frontera no se podía justificar. En Chile se dio por hecho que habría intervención en México y peligro para toda América Latina. En Brasil no se registraron comentarios adversos. En Madrid el diario *La Epoca* criticó duramente a Estados Unidos y el Ministro de Estado declaró que “por ahora Estados Unidos no tenía necesidad de intervenir en México”; *El Imparcial* publicó que “antes de que los rapaces adulteradores de la Doctrina de Monroe se le lleven otra tajada de su cuerpo entre las uñas, tienen hecho un trato secreto... nada menos que con el Japón”; finalmente, *El Liberal*

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 465-469.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 470-471.

aseguró que la movilización se proponía atemorizar a México para que suspendiera sus negociaciones de un posible pacto secreto con Japón. Un diario de Moscú fue más duro: recordó las hazañas imperialistas de Estados Unidos en Cuba, Panamá y la República Dominicana, así como un artículo reciente del ex presidente Roosevelt en que elaboraba toda una teoría imperial y para colmo amenazaba al Gobierno mexicano con la intervención. El periódico francés *Le Figaro* daba por supuesta la intervención, pero antes de que se encontraran frente a frente, los mexicanos pasarían a cuchillo a los norteamericanos y harían polvo sus propiedades, por lo tanto, la invasión debía confiarse a fuerzas francesas y británicas, las cuales sólo les pedirían refuerzos a los norteamericanos en caso de necesidad. Finalmente, un periódico japonés fue más franco: sólo los cándidos podrían pensar que la movilización tenía por objeto unas maniobras y rechazaba la idea de que a cambio de Bahía Magdalena, Japón ayudaría a México con su marina y ejército.<sup>33</sup>

## El epílogo de la revolución

Madero –que siempre fue vigilado estrechamente en Estados Unidos–, después de un intento fracasado de ponerse al frente del movimiento armado en México el 19 de noviembre de 1910, definitivamente cruzó la frontera el 14 de febrero de 1911. Su presencia reanimó el espíritu de los combatientes. Se puso al frente del Ejército Libertador y estableció su cuartel general en Bustillo, Chihuahua, el 29 de marzo. Allí se le unieron las fuerzas de Pascual Orozco y de Francisco Villa, y planearon el sitio de Ciudad Juárez, el cual iniciaron el 15 de abril. Mientras se decidía la suerte de esta plaza fronteriza, la Revolución cundió en todo el país, siempre bajo la amenaza de tropas y barcos de guerra cerca de la frontera y en puertos mexicanos.

Paralelamente a los sucesos internos de México, desde finales de febrero a mayo de 1911 en varias poblaciones de Estados Unidos algunos porfiristas trataron de conseguir la paz por medio de pláticas con los revolucionarios. Unas fueron de carácter oficioso, como las del capitalista Iñigo Noriega con familiares de Madero; las del antirreeleccionista Toribio Esquivel Obregón y el industrial Oscar Branniff, con el agente maderista en Washington, Francisco Vázquez Gómez, en las que también participó el periodista norteamericano David Lawrence,<sup>34</sup> (y que en relación con México adquiriría una gran importancia durante la presidencia de Wilson, como se verá más adelante), quien sugirió a los porfiristas que “para evitar un

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 458-460.

<sup>34</sup> Alumno de Woodrow Wilson en Princeton, Friedrich Katz, *La guerra secreta en México. Europa, Estados Unidos y la revolución mexicana*, t. 1, trad. Isabel Fraire, México, Ediciones Era, 1988, p. 343.



Pascual Orozco y Roque González Garza se reunieron con Madero para planear el sitio de Ciudad Juárez.

conflicto internacional" el gobierno reiterara su buena disposición para un armisticio con los maderistas y hasta después discutieran las condiciones de pacificación. En respuesta el Secretario de Relaciones, De la Barra, ordenó que eliminaran a Lawrence "por innecesario y aun perjudicial".<sup>35</sup>

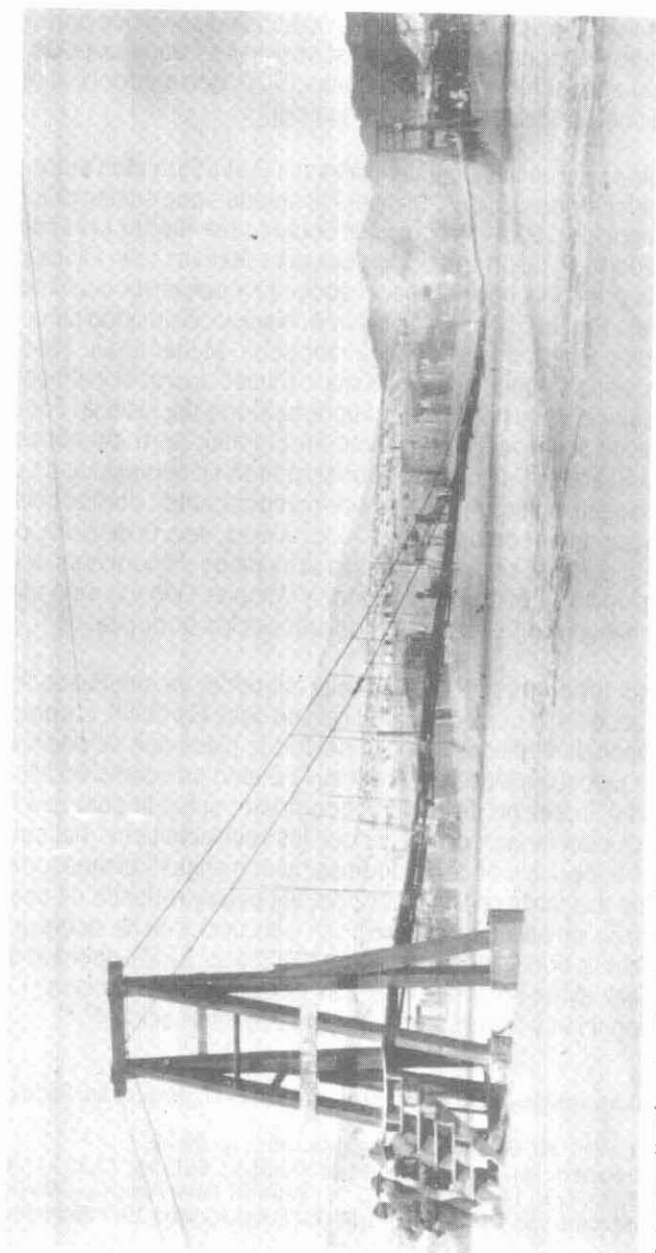
También hubo conferencias confidenciales del 2 al 25 de abril entre el embajador mexicano en Estados Unidos, Manuel Zamacona –que sustituyó a De la Barra el 28 de marzo de 1911–, y Vázquez Gómez, que fueron secundadas por parientes de Madero, Rafael Hernández y Salvador Madero, con los revolucionarios: el periodista Juan Sánchez Azcona, el abogado y periodista tabasqueño José María Pino Suárez, Roque Estrada y Gustavo A. Madero. Asimismo hubo otras de Esquivel Obregón y Braniff con el propio Francisco I. Madero, que condujeron a armisticios provisionales en la zona próxima a Ciudad Juárez. Finalmente, Porfirio Díaz decidió que el Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Francisco S. Carbajal, tratara de llegar aun avenimiento en El Paso, pero los comisionados maderistas Pino Suárez y Vázquez Gómez insistieron en la renuncia de Díaz. Sin haber llegado a ningún acuerdo y "para evitar complicaciones internacionales" con Estados Unidos por librar combates en Ciudad Juárez, vecina de El Paso, Texas, Madero ordenó levantar el sitio, que la lucha armada continuara más al sur de la frontera y comisionó a su padre, Pino Suárez y Vázquez Gómez, para que examinaran cualquier nueva proposición que presentaran los porfiristas.<sup>36</sup>

Los problemas tuvieron un desenlace muy diferente, ya que Pascual Orozco, Francisco Villa, José de la Luz Blanco y el italiano José Garibaldi, sorpresivamente, atacaron Ciudad Juárez el 8 de mayo de 1911, plaza que se rindió dos días después y que le permitió a Madero instalar su Gobierno provisional en ella. Aunque la caída de Ciudad Juárez no derrumbó al Porfiriato, sí fue la gota que derramó el vaso. La Revolución se acrecentó, ya que los revolucionarios del sur amenazaron la ciudad de México y en ésta, además hubo manifestaciones tumultuosas y sangrientas que exigían la renuncia de Díaz, enfermo y rodeado de una camarilla inepta. El empeño inmediato de la Revolución y la conclusión de su breve prefacio se consiguieron con la firma del Tratado de Ciudad Juárez del 21 de mayo de 1911, la renuncia de Díaz el día 25 para evitar más derramamiento de sangre, la ruina del crédito de la nación y "por temor a un conflicto internacional".<sup>37</sup>

<sup>35</sup> José Yves Limantour, *Apuntes sobre mi vida pública (1892-1911)*, México, ed. Porrúa, 1965, p. 219.

<sup>36</sup> Para mayor información, Vid, Ulloa, *op. cit.*, *La revolución...*, pp. 25-29.

<sup>37</sup> Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, L-E-651, leg. 73, ff. 77; 660, leg. 2, ff. 359, 361; 678, leg. 1, ff. 1-2; 679, leg. 2, ff. 97; Stanley R. Ross, *Francisco I. Madero. Apóstol de la democracia mexicana*, trad. Edelberto Torres, México, Editorial Grijalbo, 1977 (Biografías Gaudesa), pp. 147-148.



La rendición de Ciudad Juárez le permitió a Madero instalar su gobierno provisional.

Se puede añadir que durante el combate de Ciudad Juárez los revolucionarios y los federales tomaron precauciones para no causar daños en El Paso, y concluir que aunque Madero y Díaz estaban dispuestos a vencer, también estaban decididos a evitar la intervención de Estados Unidos en México, de ahí que Madero, antes de dar pretexto para ella, ordenó el retiro de sus tropas hacia el sur, cuando su victoria era casi segura, pues eran 2,500 revolucionarios contra menos de 600 federales.<sup>38</sup> A Díaz, por otra parte, entre los motivos que lo impulsaron a renunciar estuvo el temor de que la "lucha militar... trajera alguna complicación internacional".<sup>39</sup>

<sup>38</sup> Ross, *op. cit.*, p. 147.

<sup>39</sup> Limantour, *op. cit.*, pp. 227, 277, 279; Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 46.